

[Sobre Estados Unidos de América]
**Resolución – estudio de la Conferencia de Ginebra del Movimiento
por la Cuarta Internacional celebrada los días 29, 30 y 31 de julio
de 1936 en París**

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “Sur les États-Unis d’Amérique”, en León Trotsky, *Oeuvres*, Tomo 10, Institut Léon Trotsky – EDI, París, 1981, páginas 177-184; también para las notas. Documento redactado en inglés y firmado por Crux (Trotsky), Braun (Wolf), Walter Held y A.-J. Muste. Publicado en *IVè Internationale*, octubre de 1936, entre las resoluciones adoptadas en la Conferencia de “Ginebra” los días 29, 30 y 31 de julio de 1936 en la sala Pleyel de París y denominada de Ginebra por razones de clandestinidad)

Dotados de grandes riquezas y de un aparato productivo altamente desarrollado, Estados Unidos se ha elevado en el curso de la guerra al rango de potencia imperialista dirigente del mundo. Sin embargo, han asumido ese papel dirigente en una época en la que el capitalismo ya declinaba en todas partes y los conflictos entre las grandes potencias no cesaban de acentuarse. El imperialismo norteamericano ya no puede extenderse más, ni tampoco mantener su posición actual en el mundo, sin abrir una profunda brecha en la parte de poder mundial actualmente en manos de otras potencias imperialistas, sin atacar el nivel de vida de las masas de Estados Unidos, América Latina, Europa y Asia, que explota directamente y de las que extrae ganancia indirectamente. De manera que, extendiendo su poderío por todo el mundo, el capitalismo de Estados Unidos introduce en sus propios fundamentos la inestabilidad del sistema capitalista mundial. La economía y la política de Estados Unidos dependen de las crisis, guerras y revoluciones en todas partes del mundo. La misma dimensión del capitalismo norteamericano y sus recursos, su aparición relativamente tardía en la escena mundial, el declive general y las conmociones características de esta época del capitalismo mundial, se combinan para asegurar un ritmo rápido a la evolución económica de Estados Unidos y, también a consecuencia de ello, al desarrollo político de la burguesía y de la clase obrera en Estados Unidos.

La crisis de 1929-1933 y la evolución ulterior, han suministrado abundantes confirmaciones a la validez de esta apreciación. En el país más rico del mundo, el salario del conjunto de obreros de la industria y la agricultura ha sido literalmente cercenado hasta la mitad entre 1929 y 1932. Desde los dos millones, el número de parados ha aumentado hasta alcanzar entre dieciocho y veinte millones. La producción de acero se ha reducido a menos del 20% de su capacidad. Las exportaciones, que superaban los cinco mil millones de dólares, cayeron a un millón y medio apenas; las importaciones pasaron de cuatro millones y medio aproximadamente, a más de mil millones. Tras 4.600 quiebras bancarias en tres años, todos los bancos del país cerraron sus ventanillas en marzo de 1933, en el apogeo de la crisis financiera.

El rol del régimen de Roosevelt ha consistido en “salvar” temporalmente al capitalismo. Con ese objetivo, abandonó completamente, y sin intentos de disimulo, el tradicional “laissez-faire”, doctrina de Estados Unidos y, en particular, del mismo partido demócrata de Roosevelt, así como el instrumento particular de Norteamérica: los derechos de estado.

Utilizó los recursos financieros del estado para socorrer a las empresas bancarias y comerciales e hizo votar leyes que limitaron la competencia, permitieron las subidas de precios, etc., es decir, favorecieron al capitalismo de monopolio. Al mismo tiempo, y aunque todos los capitalistas no se dieran cuenta de ello, la administración Roosevelt servía efectivamente a los intereses capitalistas conteniendo el descontento de las masas trabajadoras urbanas y rurales entre los lazos de una política que consistía en pequeñas concesiones parciales, a menudo ilusorias, y principalmente en promesas demagógicas. Así, por ejemplo, acabó entrando en vigor un sistema de jubilación y de seguro de paro bajo control del gobierno¹, pero con un índice ridículamente bajo. El empleador tiene la posibilidad de hacer recaer la carga sobre los consumidores, es decir, sobre los trabajadores, y los sindicatos no tienen ninguna participación en la administración del sistema². Formalmente, se reconoce el “derecho” de los obreros a organizarse³, y el gobierno cultiva la amistad con los dirigentes sindicales. En estos momentos, los movimientos huelguísticos son disueltos de manera sutil por mediadores reglamentados del gobierno, o brutalmente por gánsteres privados, la policía o la milicia, sin ninguna protesta efectiva por parte de esta administración “liberal”.

Oportunamente ayudados por el estado democrático, la vitalidad y los recursos del capitalismo norteamericano han quedado, así y por el momento, aliviados de la crisis y, en este sentido, habiéndose elevado la producción notablemente por encima del nivel de 1932, de nuevo se han podido alcanzar beneficios en determinadas ramas, etc. Pero esto no quiere decir, incluso en el caso del poderoso capitalismo norteamericano, que la crisis esté resuelta igual que fueron resueltas las crisis del pasado, es decir, con un nuevo ciclo de expansión en el curso del cual las condiciones de existencia de los trabajadores se elevan también. Hasta el momento, todos los hechos indican que la crisis es permanente, aunque momentáneamente menos agudizada.

La renta agrícola, que era de quince mil millones y medio de dólares en 1920, disminuyó aproximadamente a cinco mil millones en 1932. Ha aumentado notablemente en el último año, pero solamente a ocho mil millones, es decir a un 40% por debajo del nivel de 1920. El volumen de producción de los bienes de consumo casi ha igualado en 1935 el nivel de 1929, pero el volumen de los materiales de construcción ha sido inferior a la mitad del de 1929 y la industria de los medios de producción ligeramente superior solamente de manera general. En gran medida, este enderezamiento se debe a los gastos gubernamentales mucho más que a una verdadera recuperación (capitalista) de la industria privada, como puede deducirse del hecho que las nuevas inversiones, que se elevaban en 1929 a dieciséis mil millones de dólares, cayeron en 1933 a menos de mil millones y sólo alcanzaron la cifra de mil millones y medio el año pasado. La racionalización ha progresado durante la recesión. En consecuencia, el crecimiento de la producción no tiene efectos proporcionales en el paro. El número de parados permanece entre diez mil a doce mil millones y no ha disminuido de forma apreciable durante el último año. El número de personas socorridas se ha elevado de veinte a veinticinco millones entre 1935 y 1936. He ahí una viva ilustración de la forma en que el capitalismo arroja sobre las espaldas de los trabajadores los gastos de la “reactivación”, así como los gastos de la crisis.

¹ Franklin Delano Roosevelt (1882-1945), elegido presidente de Estados Unidos en 1932 aplicaba desde 1933 la política económica llamada del “New Deal” (nuevo pacto social).

² Estas dos medidas fueron decididas por la *Social Security Act* del 15 de agosto de 1935. No quedó previsto ningún seguro de enfermedad y los funcionarios, trabajadores agrícolas, criados y autónomos, quedaron al margen de sus beneficios.

³ El derecho de los obreros a organizarse fue reconocido por la *National Labor Relations Act* del 5 de julio de 1935, particularmente en su sección 7.-a.

Otros aspectos de la situación actual en Norteamérica conducen a las mismas conclusiones. El comercio exterior permanece por debajo de la mitad del nivel de 1929. La deuda del gobierno federal establecida en treinta y un mil millones de dólares, ha crecido en un 50% en tres años. La abundancia del oro (cuyas reservas alcanzaron cuatro mil millones en 1932 y diez mil millones ahora) continúa siendo un obstáculo para el renacimiento del comercio exterior, para la estabilización de la moneda, etc., y una amenaza para de inflación. Se intensifica la lucha por los mercados contra Gran Bretaña y Japón, especialmente en América Latina y Asia.

El capitalismo no ve manifiestamente otra salida a semejante callejón sin salida que el empleo de la fuerza contra las masas trabajadoras, por un lado, y contra otros grupos de potencias imperialistas, por otro lado. Se puede observar así un agravamiento de las leyes represivas y, al mismo tiempo, de los recortes a las libertades civiles (aunque se le pueda atribuir, sobre todo, a los estados y a los municipios, dejando al presidente nacional el privilegio de posar como “liberal”) y, bajo la inspiración en este caso de Roosevelt, un gasto anual de más de mil millones de dólares para la preparación militar y naval, una suma muy superior a todas las de los períodos precedentes.

Estos gastos sirven momentáneamente para estimular la “reactivación”, y, en caso de guerra, pronto le permitirán al capitalismo norteamericano descargar un vigoroso golpe sobre sus competidores.

En lo más profundo de la crisis, la clase obrera norteamericana permaneció esencialmente pasiva. Por una parte, esto es el resultado de la violencia objetiva de los golpes recibidos tras de un largo período de prosperidad, y, por otra parte, de este factor subjetivo que hace que, a causa de las condiciones particulares del desarrollo norteamericano, se adentre en la crisis con organizaciones pequeñas y débiles, tanto en el terreno político como en el económico.

Desde 1933, sin embargo, la historia de la clase obrera norteamericana se caracteriza por una actividad y una combatividad casi ininterrumpidas. Los obreros, incluyendo a los de las industrias claves tales como el acero, el automóvil, el caucho, las fábricas de utilidad pública y la navegación (donde en el pasado el movimiento sindical no había podido arraigar⁴), emprendieron obstinados y persistentes intentos de organizarse que culminaron frecuentemente en luchas huelguísticas de las más heroicas. Las huelgas de los últimos años sobresalen por un pujante auge de la solidaridad y de la conciencia de clase, agrupan a decenas de miles de obreros pertenecientes a diferentes industrias, y, también a menudo, a capas inferiores de la pequeña burguesía que han apoyado la lucha física de los obreros huelguistas contra los rompehuelgas de los matones privados, la policía e, incluso, la milicia.

Los efectos de esta nueva etapa del desarrollo del capitalismo norteamericano, y de la presión de las masas, se reflejan en la polémica que actualmente se desarrolla en la American Federation of Labor, la más profunda y encarnizada polémica de toda la historia de esta conservadora institución. Los dirigentes de algunos de los mayores sindicatos afiliados (como John L. Lewis⁵, de los mineros) atacan de frente la política tradicional de los sindicatos de oficio de la federación y exigen que a los obreros de las industrias de producción de masas se les reconozca el derecho a organizarse en sindicatos de industria y que se les anime a hacerlo. En el interior de la AFL han constituido un Comité por la

⁴ El sindicato de los obreros del automóvil (UAW), y el de los trabajadores del caucho, habían accedido a la existencia legal en el verano de 1935 tras duros conflictos.

⁵ John Llewellyn Lewis (1880-1969), antiguo minero, “zar” del sindicato de mineros (UMW), durante años había acosado a la oposición de izquierda en su propio sindicato. Sin embargo, su experiencia le enseñó que la organización de los obreros sobre la base de sindicatos de industria era inevitable y se había convertido en partidario de encabezar el movimiento para no ser barrido por él.

Organización de Sindicatos de Industria (CIO), para ayudar a los obreros de las industrias más importantes a organizarse sobre la base de la industria⁶. Se han negado a satisfacer la demanda del ejecutivo de la AFL de disolver el CIO, y ahora están comprometidos en los preparativos para una campaña de organización en la industria pesada. Pero hoy en día es dudoso que en Estados Unidos un vasto movimiento de organización y huelga en una industria clave pueda ser considerado como una cuestión puramente sindical. Necesariamente lleva a un conflicto con la clase burguesa en su conjunto y con el aparato gubernamental, lo que implica consecuencias sociales más profundas.

Aunque el número de adherentes de los sindicatos haya aumentado en alrededor de un millón desde 1932, los obreros de las industrias claves siguen desorganizados en su gran mayoría. Todas las oleadas organizativas en estas industrias han sido rotas por la colaboración de los patrones, de los organismos gubernamentales de arbitraje y de los burócratas traidores de los sindicatos, frecuentemente mucho antes de que haya sido alcanzado el punto álgido de una huelga. Pero lo más importante es que estas traiciones no han disminuido la voluntad de organizarse de los obreros, ni su combatividad. Además, allí donde las débiles fuerzas de los revolucionarios marxistas han sido capaces de participar en estas luchas, los obreros han seguido su dirección y se han burlado de los intentos de los burócratas sindicales que los ponían en guardia ante el “peligro rojo”⁷.

La política de traición de los estalinistas es el motivo esencial de la ausencia de un verdadero partido revolucionario, capaz de dotar a los obreros de la dirección a la que aspiran cada vez más y destruir las posiciones de la burocracia sindical orientada hacia la colaboración de clases. Como reacción violenta contra las exageraciones aventureras del “tercer período”, el PC estalinista de Estados Unidos mantiene hoy en día una política groseramente oportunista. No solamente apoya acriticamente a los burócratas sindicales “progresistas”, sino que colabora frecuentemente con los elementos más reaccionarios de los sindicatos. Consagra lo esencial de sus fuerzas al apoyo a un movimiento reformista de ese Farmer-Labor Party⁸ (versión norteamericana del frente popular) e inaugura incluso una colaboración dudosa con los políticos de los partidos capitalistas de apariencia “progresista” y que están listos, con sus propios objetivos, a entrar en un Farmer-Labor Party si este partido adquiriese una fuerza verdadera. Aunque en las elecciones presidenciales el PC de Estados Unidos presente sus propios candidatos⁹ y mantenga así la ilusión de su autonomía y la fraseología revolucionaria, en realidad, gracias a su apoyo a los dirigentes sindicales que quieren atraer a los obreros hacia Roosevelt y a sus ataques contra el partido republicano como la única agencia “verdadera

⁶ Tras la negativa del congreso de la AFL (celebrado en Atlantic City en octubre de 1935) a aprobar la resolución a favor de la organización de sindicatos de industria, John L. Lewis, en nombre de la UMW, y numerosos dirigentes de grandes sindicatos, habían anunciado el 9 de noviembre la constitución del Committee for Industrial Organization (CIO) a fin de “animar y promover la organización de los obreros en la producción en masa y las industrias no organizadas”. El CIO se mantenía en el marco de la AFL.

⁷ Alusión a dos grandes huelgas de 1934 en los Estados Unidos. La huelga de obreros del automóvil de Toledo había sido dirigida por los militantes de la AWP de Muste, la de Minneapolis por los trotskistas del CLA. En primera línea de quienes, a costa de esas huelgas, denunciaban el “peligro rojo”, se encontraba el presidente de la AFL, William Green (1873-1952), que había sucedido a Samuel Gompers en ese puesto en 1924.

⁸ Esta empresa se había concretado en primer lugar en el estado de Nueva York con la fundación de un American Labor Party respaldado por muchos dirigentes de la AFL pero que esencialmente tendía a canalizar los votos obreros hacia la candidatura de Roosevelt haciendo bloque, incluso en Nueva York, alrededor de La Guardia.

⁹ En las elecciones presidenciales de 1932, el partido comunista norteamericano había presentado a su dirigente William Z. Foster y éste obtuvo 103.000 votos. En 1936, el partido comunista se preparaba para apoyar abiertamente la candidatura de Roosevelt.

y directa” del fascismo y de la guerra, etc.¹⁰, ayuda a Roosevelt, quien, bajo la cobertura de un liberalismo demagógico (en la acepción norteamericana particular y un tanto confusa de este término), constituye el agente del imperialismo norteamericano y de sus gigantescos preparativos de guerra.

El Partido Socialista de Norteamérica sólo cuenta con 16.000 miembros, alrededor de la mitad de los efectivos del PC de Estados Unidos, aunque haya obtenido en las elecciones muchos más votos que el partido comunista. Durante muchos años, estuvo dominado por la “Vieja Guardia” ultraderechista de Hillquit¹¹ y sus sucesores. Sin embargo, la crisis arrojó al PS a jóvenes elementos muy prometedores y, con ellos, se han desarrollado nuevas tendencias, causadas tanto por las condiciones en Estados Unidos como por la observación de las derrotas de la clase obrera en Alemania, Austria, etc., bajo las antiguas internacionales. Así ha comenzado un proceso de diferenciación y una lucha interna en el PS que aún no ha encontrado su expresión política clara y definitiva. Sin embargo, la sección más corrupta de la Vieja Guardia (Nueva York) se ha separado prácticamente de la organización nacional a partir de septiembre de 1935, y ha sido excluida definitivamente del partido en el congreso del partido del mes de mayo de 1936. La escisión ha transformado en un sentido positivo la correlación de fuerzas en el seno del PS y ha abierto, según la apreciación del Workers Party de Estados Unidos, importantes posibilidades para la construcción del partido de la revolución social. De la misma forma, la correlación de fuerzas en el seno del PS también se ha modificado sensiblemente gracias a la reciente entrada de varios centenares de internacionalistas revolucionarios del Workers Party y de las Juventudes Espartaquistas en el PS y en las Juventudes Socialistas. Por otra parte, el Workers Party, era el resultado de la fusión en diciembre de 1934 entre la antigua Communist League of America y los elementos sindicales revolucionarios del antiguo American Workers Party que había adquirido una posición marxista internacionalista. Queda por saber cuáles serán los resultados de este curso y cómo continuará posteriormente el desarrollo del partido socialista. Por supuesto que los miembros del antiguo Workers Party, que han entrado en el PS y que se someten a la disciplina de este partido, han declarado neta y claramente que mantenían firme e irreductiblemente sus tradiciones y sus principios¹².

La crisis del capitalismo norteamericano continúa. A pesar de una coyuntura que, favorable en algunos aspectos, muy pronto se tornará candente. Asimismo, la lucha de las víctimas del imperialismo norteamericano, de las masas dominadas de Estados Unidos, América Latina y otros países, se hace cada vez más amplia e intensa. La tarea más importante y más urgente consiste en proseguir con una energía de hierro la obra de unificación de los elementos de vanguardia, tarea ya comenzada, en un partido fuerte y disciplinado de la IV Internacional y construir este partido sobre los fundamentos de granito del internacionalismo marxista-leninista, único capaz de concentrar las luchas de

¹⁰ En el IX Congreso del Partido Comunista de Estados Unidos, su secretario general Earl Browder (1891-1973) había “barrido para casa” por Roosevelt mediante ataques casi histéricos contra el partido republicano y su candidato Landon. Acusó a los socialistas porque, decía, no veían “la dirección fascista del partido republicano”, y llegó hasta afirmar que el “tándem Landon-Hearst-Wall Street era el principal enemigo de las libertades, la paz y la prosperidad del pueblo norteamericano”.

¹¹ Morris Hillquit (1869-1933), nacido en Riga, había emigrado a Estados Unidos en 1886. Dirigente sindical, en 1901 fue uno de los fundadores del partido socialista, inspirador de su ala derecha. Había sido presidente del consejo nacional desde 1916 hasta su muerte. Logró un muy buen resultado en las municipales de Nueva York en 1932, lo que, sin duda alguna, explicaría la posterior operación para levantar un ALP en ese estado.

¹² Este pasaje constituye sin dudas la “declaración” de Muste, cosignatario del texto y al que Trotsky aludirá el día 7 del mismo mes en su carta a Schachtman para evitar discusiones ya inútiles sobre la entrada en el partido socialista sugiriendo una simple declaración de Muste.

las masas y llevarlas a la victoria. Cuando se cumpla esta tarea, se puede prever que la joven y vigorosa clase obrera norteamericana, que tan a menudo ha mostrado su voluntad y capacidad de lucha audaz y valiente, marchará rápidamente hacia la toma del poder y contribuirá de pleno derecho al establecimiento del socialismo mundial.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es